

Taller de narrativa Histórica

La segunda republica

Archivo Municipal del Distrito
Profesora: Mireia Pol

Autora: Lluvia Tropical
(Guisela Montoya)

Con
Caríño
al Maestro

Con Cariño al Maestro

Lluvia Tropical

*Pregunta ahora a las generaciones pasadas.
Investiga la experiencia de sus padres pues
nosotros somos de ayer, y nada sabemos.
Siendo nuestros días como la sombra
(Job 8:8-9.)*

Besos en Primavera

*Besos de colores primaverales.
Besos en Montjuïc en un hermoso escenario
Deshojo rosas, extendiendo sabanas en la arena
Lirios morados, narcisos amarillos,
Geranios y claveles rojo carmesí
Exhalan Aroma de Segunda Republica
Violetas, girasoles.
Besos de primavera
Besos de franela
Abrazos de flor de almendro
Rosadas suaves pastel
De terciopelo amarillo, morado
De beso colorado.
El alma grita el corazón palpita
Llaman a gritos por la primavera
Primavera de abril,
Primorosa, cautelosa
Viene de túnica reluciente
Viene de tres colores
Viene cantando, Viene bailando
Trae a la Republica de la mano
Con la hermosura de los lirios del campo
El perfume de los narcisos
La pasión de claveles y geranios
Besos de primavera, primavera de abril
de un nuevo amanecer.*

Lluvia Tropical

Con cariño al maestro

14 de abril de 1931

Me acuerdo de las mañanas primaverales de Sants-Montjuïc. El sol siempre venía reluciente, cálido, apuntando por entre las copas de los árboles, entibiando el rocío que caía cual cristales sobre las hojas y pétalos de las flores, las hierbas y lirios silvestres; en los alrededores, hermosas macetas engalanadas con geranios rojos y, en los jardines, narcisos, violetas, magnolias, romeros y olivos también.

Era el paisaje que veía siempre al caminar hacia la escuela el profesor Jordi Ferran. Algunos niños lo seguían o iban junto a él, camino de la escuela de la naturaleza, donde gran número de niños recibían educación al aire libre de conformidad con los métodos de la pedagogía moderna, de la época, en el espíritu de renovación de la famosa *Escola Nova*. Allí daba clases el maestro Jordi, de botánica y zoología, en contacto directo con plantas y pequeños animales del lugar; los niños y niñas teníamos oportunidad de utilizar el tacto, la visión y el olfato, sintiendo la textura suave de las flores y sus aromas, el capricho de las hojas, los enigmáticos insectos e infinidad de invertebrados. Hacíamos excursiones por la montaña de Montjuïc coleccionábamos mariposas, saltamontes, libélulas..., y, en la humedad que dejaba la lluvia fresca de las mañanas, encontrábamos caracoles. Me encantaba el cosquilleo de dejar que un caracol se desplazase por mi mano.

Ramonet, mi compañero de pupitre, le cantaba así dos estrofas:

—*Cargol treu banya/ puja a la muntanya/ cargol treu vi/ puja al muntanyà/....*
Cargol treu banya/ puja a la muntanya/ cargol bover/ jo també vindré.

Como si fuera un sonido mágico, el diminuto molusco dejaba aparecer, muy despacito, sus antenas que se contorneaban hasta dejar ver todo su frágil y húmedo cuerpo. Era un espectáculo: se mostraba y luego se escondía en la casita que llevaba auestas. Entonces dejaba al animalito suavemente sobre el pasto verde del lugar y éste, de ahí, seguía su lento caminar a no sé que senderos.

El maestro Jordi era muy querido por sus alumnos. Además nunca faltaba a la escuela, sólo una vez por razón justificada: parecía un reloj puntual cada día. Con lluvia o sol, siempre estaba presente en clase. Nunca olvidaré sus lecciones. Eran mensajes de vida. Él todo lo sabía. Nos enseñaba las cuatro operaciones, a leer, escribir, y tantas anécdotas que contaba. Relataba la Historia como nadie. Con fechas, nombres, utilizaba cartografía. Lo que me hacía viajar en sueños despierta era el globo terráqueo. Él tenía tal dominio de aquella esfera que la giraba con exactitud matemática en pocos grados o en vueltas enteras, siempre como si nada. Sabía identificar todos los países con sus capitales. Los continentes, los océanos y los ríos los nombraba casi recitando. Los viajes de Cristóbal Colón los señalaba con un puntero en el mapa.

Nos decía:

—Niños cierran los ojos y viajemos juntos. A ver, tú, Joan, cierra los ojos. Y, todos, a viajar.

A lo que todos, alborozados, respondíamos:

—Soñemos, profesor, viajemos juntos.



Él explicaba que para poder estar en un lugar distante, donde hubiera algún ser querido, por ejemplo, bastaba con cerrar los ojos e imaginar que ya estábamos allí. Así, de esa forma yo viajaba por el mundo. A partir de esas charlas y consejos, aprendí que “lejos” es un lugar que no existe. Así siempre podremos estar donde deseemos estar. Me llamaba mucho la atención América. Conocer la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico era un sueño constante.

Recuerdo que luego de esa clase nos llevó a visitar la fuente Mágica de Monjuïc y allí nos hizo soltar en el agua los barquitos que habíamos construido con hojas de periódicos. Los hicimos grandes, pequeñitos, incluso unos submarinos. Fueron horas inolvidables.

Nos aleccionaba:

—Niños, colocad vuestros veleros en el agua ¡Mirad cómo viajan! Así un día Colón fue a América.

Nunca olvidaré las tres calaveras: la Pinta, la Niña y Santa María. Las horas pasaban muy rápido. Tan bueno como mi maestro no habrá otro igual. Tendría unos 50 años, aunque nunca nos atrevimos a preguntarle la edad. Sabíamos la fecha de su cumpleaños, había nacido en Barcelona un 14 de abril, fecha que más tarde quedaría en la memoria de la Historia. Era alto, de complexión atlética, cabellos grises, un poquito largo, dejaba caer un mechón gris sobre la frente, que con un gesto ágil, casi sensual de su cabeza, lo echaba hacia atrás, cuando éste le cubría sus ojos amarillos como los trigales en tardes de verano. Vestía siempre pantalones oscuros y camisas de listas azules, corbata lisa y una chaqueta azul marino con botones dorados que resplandecían cuando un rayo de sol descansaba sobre ellos. Nadie sabía más que él. Todo lo conocía: historia, ciencias y, ¡de política!: nos hablaba de la Monarquía y que ésta llegaría a su fin. Esperaba el advenimiento de la República, como se espera el amanecer, después de una noche negra. Mi profesor la esperaba con la ilusión de vivir nuevos tiempos de cambios, de nuevos amaneceres para España y, sobre todo, para la educación, que se promulgaran reformas y que se abrieran nuevas plazas para los maestros. La Segunda República la anhelaba como un soplo de aire fresco. Era primavera; fueron las elecciones el día 12 de abril de 1931, y, dos días después, fue proclamada, en un día inolvidable, porque, además del cumpleaños de mi profesor, teníamos una nueva razón para celebrarlo.

“La naturaleza y la historia parecían fundirse en una leyenda o un romance infantil” (Antonio Machado). La primavera trajo a nuestra República de la mano extendida del maestro Jordi. Él hizo la bandera republicana en la escuela y ese día todos gritábamos:

—¡Viva la República!

Fueron instantes de incontrolable euforia por la conquista lograda: la República pisaba con fuerza, para traer cambios y muchos adelantos al país; entre otros, la reforma agraria, el derecho del voto a la mujer y las reformas educativas. Los intelectuales llevaron a cabo muchos proyectos con la intención de difundir la cultura por los



pueblos; como García Lorca, al llevar el teatro hasta la más pequeña aldea; Lorca, que por encima de todos los colores, amaba al verde, verde los árboles, verde el amor.

*Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verde ramas.
El barco sobre el mar
Y el caballo en la montaña.
Verde que te quiero verde
Grandes estrellas de escarcha
Vienen con el pez de sombra
Que abre el camino del alba.*

No obstante, una noche de luna, doña Muerte, implacable paseó su guadaña para segar ilusiones. Todo dicho estaba:

—¿Sobre esta luna tan redonda me vais a matar? —cinco años más tarde, la noche de cuarto creciente de 19 de agosto de 1936.

Antes, la caída de la Monarquía alzó la “Republica de los maestros”, por la importancia que les dieron a los docentes como fundamento de la renovación; porque aquellos maestros y maestras utilizaron modernos métodos, como el naturalismo pedagógico de Rousseau y la metodología de la pedagoga italiana Maria Montessori para impulsar el método que convirtió al alumno en protagonista de la escuela.

Mi querido maestro escribía una columna en *Crisol*, sobre la flor y nata del magisterio republicano. Tenía otra columna llamada “Maestros republicanos en acción”. Era un maestro activo. De izquierdas y no necesitaba hablar mucho para hacerlo notar: sus ideas le brotaban hasta por los poros. Lo más hermoso eran sus discursos dirigidos a los padres de familia. Pero lo espectacular no era solo la palabra sino también los hechos que justificaban su discurso. Mi padre lo quería mucho, al maestro. Mi profesor era culto; escribía y lo invitaron a hacerlo en el periódico *La voz de la Republica*. Cada semana escribía un asunto diferente, referente a las actividades que realizaba en el sindicato que dirigía.

Todo el mundo lo conocía, era un político de verdad. Saludaba con un gesto gentil, con su puño revolucionario en alto, mientras decía:

—¡Salud, compañeros!

Era muy sociable: hacia amistad fácilmente. El profesor Jordi practicaba “la pedagogía del amor”. Era su propia filosofía, pues opinaba que sólo con amor se podría ejercer alguna transformación en sus alumnos, que aprendieran de la experiencia viva. Los deberes —placeres— de casa eran llevar una mariposa o un pajarito para estudiarlos; hacer una colección de diferentes tipos de hojas que recogíamos por el campo... Su lema era “más que dar conocimientos hay que enseñar a pensar y a estudiar”.



Por otro lado, nuestro profesor respetaba a las personas humildes y siempre trataba de ayudar a las clases trabajadoras, de las industrias textiles del barrio.

Yo me sentaba en el segundo pupitre al lado de la ventana, pues era la que cerraba las cortinas cuando el sol calentaba. Ramonet borraba la pizarra y los niños mayores recogían los papeles y ordenaban los pupitres. Maria era la encargada de la ornamentación. Ella llevaba flores del campo, lirios, geranios y rosas que cortaba al pasar por alguna calle con macetas o parterres.

El asunto del aseo lo tenía entre ceja y ceja: el maestro Jordi nos revisaba las orejas y las uñas de las manos. Siempre quise conocer el tal “pajarito” que le contaba las cosas que los chicos hacían cuando él no estaba. (Nunca lo conocí, pero sí lo podía intuir.)

El profesor Jordi nos decía:

—Niños iré a llevarle estos documentos al director. Espero que os portéis bien, de lo contrario ya me lo dirá un pajarito.

A lo que todos respondíamos en coro:

—¡ Sí, señor!

La lección la preguntaba siguiendo el orden de lista.

Llamaba a:

—Arce, Aguilar... salid a la pizarra.

Siempre temblábamos, pero él no nos castigaba, aunque moríamos de vergüenza de nuestros compañeros, pues si nos equivocábamos ellos se echaban a reír y se burlaban de nosotros en el recreo. Cuando a mí me daba un blanco, me decían en el patio:

—Maria, llorona... ¡No sabe la lección!, la, la, la, la —cantaban en son de burla.

Yo era muy tímida, los colores se iban a mis mejillas, desde el blanco, hasta el rojo más brillante, como dos manzanas queriendo caer de maduras. Sudaba un sudor frío y temblaba.

Había chicos muy listos, como Pere, que tenía las respuestas en la punta de la lengua. El profesor preguntaba “3 x 7” y él al instante respondía: “21”. Las fechas históricas se las sabía todas de memoria.

Àngels y Montserrat eran buenas en dibujo. Pintaban corazones con flechas y muchos besos de rojo bermellón. Componían sobres adornados con madreselvas y claveles rojos, para delicadas cartas y billetitos, perfumados. Me pedían que fuera “el correo”, y en el recreo yo iba saltando por los jardines de la escuela a entregar las cartitas a Lluís Furget y Bernat Roig, los dos chicos más guapos de todas las clases. Ellas llevan trenzas doradas, atadas con blancas cintas y sus ojos verde mar brillaban cuando veían a los chicos. ¡Eran mayores para mí!

El profesor siempre les decía:

—Niñas, vamos: más Geometría, menos dibujos.

Era un hombre que atesoraba, además de sabiduría, mucha psicología para tratar con sus alumnos y alumnas. Una vez se enfermó y mandaron al suplente que enseñaba



muy diferente. Podría hasta ser mejor, pero nosotros fuimos fieles al nuestro. Cuando vino a la escuela, después de la enfermedad, nos pusimos a gritar. Con gran alboroto en el patio, lo rodeamos como en un corro y todos lo queríamos abrazar. Casi cayó al suelo y, al ver tantas manitas trémulas que querían tocarlo, unas lágrimas humedecieron sus ojos. Sacó delicadamente su pañuelo blanco dobladito en cuadrado, muy bien planchadito. Lo abrió despacio y enjugó sus lágrimas. Luego nos regaló una sonrisa suave y nos dijo:

—Vamos, niños. Vamos, todos a clase.

Hoy cuando ha pasado ya el tiempo y la nieve ya ha blanqueado mis cabellos, vienen a mi mente estos dulces recuerdos del ayer. ¡Ah! ¡Pobre maestro mío! Cómo estarías de viejo si aún vivieras. No sabes con qué alegría desearía volverte a ver. No me conocerías.

Entonces, te diría que era yo quién te dejaba cada mañana una manzana coloradita y jugosa en tu escritorio, tan rojo como mis mejillas al dar la lección y dulce como tu intención. Maestro, soy quien se ahogaba en llanto el día que dejaste la escuela para ir a no sé qué sendero, en aquel fatídico 1936, preludio de la desgracia; porque tú eras el tricolor de la bandera que llevo en el alma —amarillo, rojo y morado—, colores que no se mezclan ni confunden pues cada uno lleva inmerso su propia significación. Es por eso que hoy he dejado sobre las olas del Mediterráneo tres flores perfumadas: un narciso amarillo, un geranio rojo y un lirio morado del campo, para immortalizar mis recuerdos tricolores, como si fuese la bandera republicana enarbolándose con la brisa marina mediterránea a los pies de la montaña de Monjüic. Hoy, al mirar hacia atrás, no puedo dejar de pensar en todo cuanto nos enseñaste antes de partir. Tus ideas viven. Tus enseñanzas formaron nuestras mentes. Tú nos distes un mensaje con la mirada, absorto en tu partida no podías gesticular palabra alguna, pero nosotros te entendimos y leímos tus ojos. Porque tu visión profunda dejó una llama encendida en nuestros corazones y la semilla de tus enseñanzas de vida

—Maestro, aquí estoy sentada frente al mar, en las cercanías de Monjüic. Pregúntame otra vez la lección. Esta vez, lo juro, me la sé toda de memoria. No se me olvida ni una coma.

Lluvia Tropical

Agradecimientos

Agradezco la oportunidad de aprender y familiarizarme con los temas de narrativa histórica a:

Arxiu Municipal del Districte de Sants- Montjuïc.

Ajuntament de Barcelona.

Districte de Sants- Montjuïc.

Al equipo técnico:

Dirección: Núria Burgullos

Profesora: Mireia Pol

Historiador: Jordi Ortega

Y a todos que de una forma u otra ayudaron en mi investigación.

Guisela

Índice

Besos en Primavera.....	4
Con Cariño al Maestro.....	5
Agradecimientos.....	10